

VIII

El obispo de Jaca, el simpatiquísimo don Antolín Peláez, ha repartido con profusión un folleto con honores de pastoral, en que se recomienda á los fieles la necesidad de unir sus esfuerzos para la fundación de un gran rotativo católico.

El obispo de Jaca, espíritu moderno, pone lo mejor de su fe en la letra de molde, y solo por esto ya merece la respetuosa consideración de cuantos á ella viven consagrados, unos por desinteresada vocación y otros por dura necesidad.

Mientras otros prelados se contentan con rebañar unos cuartos á los devotos, para restaurar capillas y sostener fundaciones piadosas, don Antolín, más batallador, entiende que los tiempos son de lucha y que á Dios rogando y con el rotativo andando.

Lo que hay es que... los devotos no son muy espléndidos, y cuando lo son es para

algo que particular y directamente les conviene. Hay pocos capaces de entregar su dinero para un fin remoto y de interés general.

Hay quien cree que la Iglesia es gran explotadora de ricos, y en la mayoría de los casos es la explotada. ¡Cuántos advenedizos que no estarían muy bienquistos en la alta sociedad, se acogen á sagrado y logran, á la sombra de una devoción poco costosa, introducirse y hacer figura entre la aristocracia de más excelso abolengo! ¡Cuántas grandezas de España y cuántas almohadas conseguidas á golpes de pecho y ligeros toques al bolsillo, bien trompeteados, á modo de los fariseos!

Por todo esto, ellos quieren que su donación sea única y bien distinta, para llamar la atención sobre ella. Entregar su dinero para una Sociedad anónima, para una obra de desinterés particular, ya no es lo mismo.

El dinero tiene vicio de origen: acostumbrado á estar puesto á buen interés en todas partes, hasta en espirituales empresas, quiere verse bien colocado.

Aparte las dificultades financieras, el ro-

tativo católico con que sueña el señor obispo de Jaca, ¿llegaría á ser popular? Mucho temo que no.

El proselitismo no es cualidad del espíritu español. Somos intolerantes y violentos por naturaleza, y no sabemos hacernos oír más que de los que ya pensaban como nosotros. Y no es de los amigos, sino de los enemigos, de los que importa ser escuchados.

Aquí el republicano habla para los republicanos; el socialista, para los socialistas; el conservador, para los conservadores, y el católico, para los católicos.

Para llamar al contrario, empezamos por insultarle; antes de tranquilizar, asustamos.

¡Cuánto hay que aprender en esos vendedores de específicos que van por las plazuelas en su carricoche!

Primero procuran divertir al auditorio con jocosidades y amenidades, después retienen su atención con algún juego de manos, y solo cuando son dueños de su público pasan al anuncio y venta del específico. Es todo un curso de propaganda.

El rotativo católico seguramente sería como todos nuestros periódicos de partido. Lo leerían los que menos necesitan leerlo: los amigos y los convencidos. ¡Linda gracia!

Yo quisiera ver un periódico revolucionario en manos de los conservadores, un periódico católico en manos de los libre-pensadores, un periódico socialista en manos de los accionistas del Banco.

Los españoles no sabemos de allanar montañas: donde el terreno es llano, levantamos murallas que nos separen á unos de otros. Cada uno llevamos nuestra muralla espiritual, bien defendida por intran-sigencias, antipatías, odios irreductibles, sorderas morales y absoluta carencia de simpatía.

Cada español es un Yo rebelde y satánico. Así no podemos vivir siquiera en un solo infierno. Necesitamos un infierno para cada uno. Un solo infierno ya indicaría cierta unidad de aspiraciones.

Hasta el dinero, lo más pacífico del mundo, es aquí anarquista y rebelde á toda disciplina. Por eso, es tan difícil reunirlos para

una empresa de interés general. Cada uno quiere emplearlo y gastarlo á su capricho.

Las grandes empresas son extranjeras; nuestro dinero es individualista.

Ya se lamenta el señor obispo de Jaca de que sus correligionarios no se han dignado siquiera acusarle recibo de su interesante folleto. No desespere todavía. En vez del gran rotativo de sus ilusiones, en que él soñara ver unido el esfuerzo de todos los católicos españoles en una obra meritosa, verá muy pronto una porción de hojas volantes escritas á mano ó copiadas á máquina, en que cada uno de sus correligionarios pondrá un reparo á la idea del rotativo, y se burlará, y acaso insultará á Su Ilustrísima.

¡Rotativos á nosotros! Con nuestra correspondencia particular tenemos bastante. Y al leer las cartas de nuestros amigos, como ellos al leer las que nosotros les escribimos, decimos todos lo mismo: «¡ Carta de ese imbécil! » ¿Si creerá que nos importan sus asuntos?»

Aquí todos somos unos imbéciles y no nos importamos los unos á los otros.

IX

Navidad es la fiesta de los niños. El nacimiento del Niño Dios nos hace volver los ojos hacia los niños humanos.

Pero el cariño poco inteligente de nuestros padres viene á ser inconsciente Herodes, con turrone y mazapanes por sayones verdugos.

Siempre traen las navidades su torna-fiesta á beneficio de los médicos de niños. ¡ Si en España tuvieran sanción penal todos los infanticidios! Bien puede asegurarse que por cada cien niños que mueren, noventa y nueve han muerto como Lentejica, de un obsequio.

En algún pueblo, he visto obsequiar á niños de tres ó cuatro meses con gazpacho ó con fruta verde ó con su buen traguito de vino. ¡ Y cómo celebran los padres y allegados el saboreo de complacencias ó los visajes de repugnancia en el angelito! : « ¡Miale, miale cómo le gusta! ¡Miale, miale qué cara pone! »

Luego, son unos alaridos de bestia herida cuando le ven morir y cuando le sacan en la cajita blanca para enterrarle. La madre se tira por el suelo, se araña la cara, se arranca el pelo y... hasta otra. Las vecinas y comadres prodigan sus mejores consuelos: «¡Qué rica gloria! ¡Ya se ha quitado de penas!» Y á gloria tocan las campanas de la iglesia, y en alguna parte se celebra con bailoteo el velatorio, una de esas costumbres castizas que tanto entusiasman á muchos patriotas: «¡La alegría de esta tierra de sol, que no hay otra en el mundo! ¡Olé, tu madre! ¡A ver si hay por ahí en Europa quien sea capaz de darse cuatro pataítas delante de un niño muerto!»

En la ciudad civilizada no son tan expeditivos los procedimientos para deshacerse de la prole. Solo entre la gente baja se acostumbra á dar aguardiente á los niños. Los padres más educados los atracan de dulces ó los llevan por la noche al teatro á ver una piececita, de lo que no sacan los niños, materialmente, más que un dolor de cabeza ó una bronquitis; espiritualmente,

te, unos cuantos vocablos soeces. Pero, al revés que en el cuento, si los niños no se divierten cosa, los padres se ríen mucho.

No obstante, en poco tiempo, ¡cuánto camino hemos andado! Pero ¡cuánto falta todavía! No es tierra muy propicia á la infancia esta dura tierra española.

El niño está ausente de nuestra literatura clásica. Tal vez en Lope de Vega, el más humano de nuestros antiguos autores dramáticos, aparece algo de ternura por los niños. En la novela todo es dureza, despegó. En la poesía, apenas si con ocasión justamente de celebrar el Nacimiento de Jesucristo suena algún blando acento infantil.

Entre los pintores, hasta Murillo, ninguno puso amor y caricias en sus pinceles para trasladar á sus lienzos la gracia de los niños. Entre los escultores, hasta el murciano Salzillo, ninguno tenía para ellos la sonrisa de su arte.

Cuando así era el arte, ¿qué sería la vida para el niño?

No solo en España, en Francia, siempre más afanada en su sensibilidad humanita-

ria, sabemos por documentos y referencias veracísimas la insignificancia del niño en épocas no muy remotas. Aun los principitos y los hijos de grandes señores se criaban con mayor abandono que en nuestros días los hijos de cualquier pobrete. Sólo á la edad en que ya se podía pensar en casarlos empezaban á tener alguna importancia. Hasta la minoría de Luis XV, el bien amado, por las circunstancias especiales en que heredó la corona de Francia, puede decirse que no hubo un príncipe niño criado con mimo.

Con todo, el mimo es una de las debilidades modernas. Nunca fueron los niños tan bien afortunados como en nuestros tiempos los mismos niños españoles, con serlo mucho menos que en otras partes.

Años hace que un escritor francés censuraba el exagerado interés por los niños en libro titulado «El Niño Dios». Con textos literarios de autores modernos mostraba la importancia, en su entender exagerada, que en la vida moderna se concedía al niño.

Yo no sé si las censuras del escritor fran-

cés serían de justicia en Francia. En España desde luego serían prematuras. Con haber empezado á preocuparnos algo, todavía no es bastante nuestra preocupación por los niños.

Se habla más de instrucción que de educación; los que atienden á la educación física precinden de la espiritual, y viceversa. Faltan campos de recreo en nuestras ciudades, faltan teatros y bibliotecas para niños, y faltan, sobre todo, el respeto á la infancia como á la mujer.

En la calle, en sociedad, en familia, no se habla nunca para los niños cuando se habla delante de ellos. Las mejores enseñanzas de los maestros las desvirtúan los hechos en casa. No es extraño: ellos mismos desvirtúan con el ejemplo la ineficaz enseñanza de sus palabras.

Los padres ventilan en presencia de los hijos sus disensiones conyugales, se recriminan, se insultan: «¡ Como tú eres esto! » «¡ Como tú eres lo otro! »

Es muy corriente, cuando el padre reprende á los hijos, que la madre los defienda y desautorice á aquél, y al contra-

rio. Esta discrepancia de criterio respecto á los hijos es la válvula de escape de los rencores conyugales. Se defiende al hijo castigado por darse el gusto de increpar al cónyuge molesto.

Con este sistema, los hijos acaban por perder el respeto á uno y á otro. Sin duda, ha de pensar: «¡ Cuando papá dice que mamá es así! » « ¡ Cuándo mamá dice eso de papá! » Y recelosos de los padres, se refugian en la cocina, donde las criadas dicen de papá y de mamá y de todo el mundo.

¿De qué pueden servir después las enseñanzas escritas de la escuela, ni la misma enseñanza religiosa del catecismo, el cuarto «Honrar padre y madre»?

—Pero, ¡ Señor! — pensarán los niños. —
¡ Si ellos son los primeros en no honrarse nada!



X

Los franceses se proponen celebrar en el año próximo de 1913 el tercer centenario de... ¿De quién?, dirán ustedes. De un jardinero. Claro es que no se trata de un jardinero vulgar, sino de un verdadero artista, del famoso Le Nôtre, á cuyo arte debe Francia el encanto de sus mejores parques y jardines: los de Chantilly, Meudon, Chaville, Sceaux, Saint-Germain, sin contar los más admirados y conocidos de Versalles, la obra maestra de Le Nôtre.

Nadie como él supo combinar sombras y claros y alternar lo artificioso con la más perfecta imitación de la Naturaleza.

Obra suya es la admirable perspectiva del canal de Versalles.

En la Comisión reunida para celebrar el centenario del jardinero artista figuran nombres de prestigio, como los de Paul

Bourget, Paul Adam, Detaille, el poeta Henri de Regnier, el duque de Noadles y otros muchos.

En el jardín de las Tullerías se alzaré la estatua de Le Nôtre; se publicará un acabado estudio sobre su vida y sus obras.

Muchos errores y muchos pecados pueden perdonarse á Francia, por estas delicadezas de sentimiento, de que tal vez ella sola es capaz todavía.

¡Glorificar á un jardinero! ¿Qué pensaremos nosotros? Aquí, donde hay lugares en que una flor es rareza preciosa. Y hay pueblos y pueblos sin un árbol que dé sombra, sin una maceta que alegre una ventana, donde las mozas no prendieron nunca una rosa á su pelo, ni el altar de la pobre iglesia se alegró nunca con un ramo de flores.

Y así están los espíritus, también sin flores. Aridez y sequedad todo. Desconfiad de las tierras que no reciben al viajero con la sonrisa graciosa de unas ventanas floridas. Acaso la verdad de los rosales esté en las espinas. ¿Hemos de preferirlos por eso sin el engaño de las rosas? Florezcan así rosas

de mentira sobre todas las verdades punzantes de nuestro espíritu.

¿Qué es la educación sino la flor cultivada entre las zarzas del instinto? Pocos son los espíritus que de su natural dan flores, y aun esas son flores silvestres. Toda la civilización es cultura, jardinería. El hombre natural ni á la Naturaleza admira. El campesino se admira de nuestra admiración por el campo. Cuando decimos ¡qué hermosura! él piensa ¡lo que sabrán estos señoritos! Las peores tierras de por aquí les parecen hermosas.

Nótese que los grandes cantores del campo y de la vida campesina fueron siempre poetas cortesanos como Virgilio y Horacio. Las novelas pastoriles, fueron libros escritos en ciudades, y rara vez los naturales y residentes cantaron la belleza de sus tierras, sino los que pasaron por ellas, los viajeros, para quienes fueron camino, que solo al caminar es alegre la vida.

Bien haya Francia al ufanarse de su jardinero. Jardineros, poetas, educadores, sabios, cultivadores todos, ellos son los que bordearon de flores el camino, por ellos no

va la humanidad como horda salvaje en el desierto, por ellos hay una sombra y una fuente en la jornada.

¿De cuántos jardineros necesitamos todavía para que todas las tierras y todas las almas sean jardines?

* * *

Todos los proyectos y Reales órdenes y reglamentos para la institución del teatro Nacional, toda aquella loable preocupación del Estado por el arte dramático español, ha venido á parar en... hacer imposible la vida del teatro en España.

El teatro tiene buenas espaldas. La profundidad del talento financiero de nuestros estadistas no halla mejor solución para todo problema económico que gravar al teatro con nuevas contribuciones. Aquí que no peço, piensan los hacendistas.

El 25 por 100 del ingreso total pagan hoy los teatros de contribución por diferentes conductos para dulcificar sin duda lo que por uno solo parecería excesivo. Con decir, diez por aquí, diez por acá, cinco de

este lado, cinco del otro, parece que la cosa no tiene malicia.

Dígase si en el mundo hay propiedad, industria ó negocio que pague ese desproporcionado tributo.

¡Y si todo esto estuviera compensado con subvenciones, protección ó simpatía siquiera!

Escritores de unos y otros bandos políticos se lamentaban de la indiferencia política de nuestros intelectuales artistas. No hacen más que corresponder. Nuestros políticos, aunque alguna vez procuran disimularlo, sienten el más profundo desdén con honores de desprecio por la literatura y por el arte. Hasta cuando protegen, marcan bien su desdeñosa superioridad.

* * *

¿Cómo se premia ó se halaga aquí oficialmente al artista que no es más que artista?

Las condecoraciones son para el conservador ó el liberal, no importa cómo escriba, cómo pinte, ó cómo esculpa. Sólo se es-

tima al artista sumiso, al artista académico. Se nace académico, como se nace artesano.

El artista independiente es el enemigo; se desconfía siempre de su arte. Con este no podemos contar: cuando le creamos más seguro da una rabotada y sale de estampía.

Y es que á todos nos complace oír *nuestra verdad*; pero la verdad, la verdad que no es de ningún provecho, la verdad inútil, que es la verdadera verdad, esa... ni pensarla.

No, los hombres de verdadero talento serán siempre mal vistos en los partidos políticos, por la misma razón que los santos en vida fueron siempre mal vistos por la Iglesia. Son perturbadores y rebeldes á toda disciplina. Y ya sabemos que la disciplina consiste en que un imbécil se haga obedecer por los que son más inteligentes. Cuando falta la razón se invoca la disciplina, como se invoca el honor cuando no estamos seguros de nuestra honradez.

XI

Por imitación al extranjero, sin duda, en estos días persentan nuestras librerías en sus escaparates lujosas ediciones de libros para regalos de Pascua y Año Nuevo. Y, en efecto, compran esos libros... los mismos que compran libros todo el año. ¿Quién se atreve aquí á regalar un libro?

Tal vez á las mujeres, sin término medio, ó un devocionario ó una novela de Felipe Trigo.

A los escritores sólo nos regalan libros otros escritores; los que ellos escriben; y prefieren que los elogiemos en letras de molde sin leerlos, á que los leamos si no hemos de elogiarlos. Lo corriente es hablar mal de ellos sin haberlos leído.

Regalar un libro á un personaje político sería casi tan ofensivo como regalar pastillas de jabón, esponjas ó limpia-uñas: un

modo irónico de indicarnos que existen unos utensilios de aseo cuyo uso nos era desconocido.

Se regala toda clase de cosas inútiles, pero un libro sería demasiado. Un libro es pura ostentación. Las mejores bibliotecas, con los libros muy bien encuadernados y cuidadosamente ordenados, están en las casas de gente que no lee nunca.

Las bibliotecas aristocráticas de libros cuya paz no fué nunca perturbada por un espíritu inquieto, como la inquietud espiritual de los libros no perturbó nunca la paz del dueño y señor de la biblioteca, son excelentes fumaderos de sobremesa.

En las noches de comida ó de recepción en la casa, sirven también para refugio de parejas. El examen de las estanterías y la lectura de títulos y autores en el lomo de los libros, se presta al *parqueo* como pocos exámenes y pocas investigaciones...

¡Y hay en el amor nada más delicioso que hablar de lo que no se piensa, mientras se piensa en lo que no se habla!

Si las librerías tienen cristales, todavía mejor: además de los libros, puede verse

por el cristal si llega alguien á sorprendernos en nuestras maniobras literarias.

—Victor Hugo... (en este caso le falta una erre) Chateaubriand...

—¡ Por Dios, Enrique!

—Libros raros y curiosos...

—¡ La marquesa...!

—Para mí un libro es el mejor amigo...

La señora de la casa, que jamás ha buscado un libro en la biblioteca, sabe que es allí donde ha de buscar á las amigas cuando empieza á notarse su falta en los salones; pero no entra nunca sin toser antes.

Estas bibliotecas de casa aristocrática, bien combinadas con el comedor, son también antesalas para el ingreso en las Academias. El discurso de entrada lo escribe un secretario por cuarenta duros.

Esta es la mayor utilidad de los libros, que sirven de mucho en la vida, á condición de no leerlos. Leídos, trastornan las ideas; y de las ideas, ya se sabe: pocas y bien avenidas.

En España, los que leen libros no los compran, y quien los compra no los lee. Por eso, hay muchos libreros ricos y mu-

chos escritores pobres. Los escritores regalan los libros á los libreros para que alguien los lea, y los libreros se los venden á los que no han de leerlos.

Lo cierto es que se vende más de lo que se lee: diríase que hay secuestradores de libros, que los adquieren por el gusto de que nadie pueda leerlos.

El primer secuestrador es el Estado, que encierra millares de libros en unas prisiones llamadas bibliotecas, de las que es carcelero mayor don Marcelino Menéndez y Pelayo.

¿Hay nada más parecido á una galería de nichos que una estantería de biblioteca?

* * *

La famosa *boutade* de Alfonso Karr sobre la supresión de la pena de muerte «Está bien, pero que empiecen los señores asesinos», ha sido y es para muchos el más poderoso argumento en favor de esa pena que, para honra de la humanidad, no debiera existir en ningún código.

No, no son los señores asesinos los que

han de empezar, porque no son los salvajes los que han empezado la civilización, ni los ignorantes la cultura, ni las fieras la humanidad.

Ni se roba al que nos robó, ni á quien nos mató á un hijo se le mata un hijo. Si la pena del Talión fuera la única pena efectiva, sobraba una suprema justicia que se interpusiera con sus leyes á estorbar la venganza del hombre ofendido por otro hombre.

Falta á la pena de muerte la única justificación de toda pena. Ni remedia ni previene. De su ejemplaridad atestiguan los crímenes, más frecuentes y más horribles, cuando más frecuentes y más horribles eran las ejecuciones capitales.

Viértase en nombre de la pasión brutal ó de la severa justicia, la sangre vertida, antes incita que repele á verter más sangre.

Lo mismo se propaga el criminal contagio por el relato de un crimen que por el de la pena capital que es su castigo.

¡Que empiecen los señores asesinos! No, ellos son el hombre salvaje. La justicia es la que debe empezar. Su faz augusta no

puede ser cara de simio, que por imitación remeda el gesto brutal del hombre primitivo.

Si la justicia parece venganza, ¿cómo ha de impedirse que los hombres crean alguna vez que la venganza puede ser justicia?



XII

Sabido es que las mujeres se visten y se adornan de ilusión. Llevan encima por valor de catorce ó quince mil francos, y todo ello vale en realidad muy pocas pesetas.

Las pieles bautizadas en el comercio con los nombres pomposos de armíño, marta del Canadá, nutria, zorro argentado y otras de difícil y costosa adquisición, en realidad proceden de más familiares animalitos, y entre ellos la inapreciable *marta tejadina* del *Morrongus domesticus*—vulgo gato.

Para la explotación de las pieles se ha constituido en los Estados Unidos una gran sociedad dedicada á la cría de gatos.

No puede decirse que en esta sociedad sólo figuran cuatro gatos: los mininos se cuentan por millones. Lo que sí puede asegurarse es que los accionistas no pasan de ser unos pelagatos.

Esta gran sociedad, constituida como cualquier sociedad humana, á base del mutuo devorarse de muchos explotados, en beneficio de unos cuantos explotadores, se dedica también á la cría de ratones para alimento de los gatos y, á su vez, alimenta á los ratones con la carne de los gatos, cuyas pieles vende. No puede darse mayor aprovechamiento.

De esta hecatombe de gatos y ratones, proceden muy saneados dividendos para los accionistas, y de esa gran cantidad de armiños, nutrias, zorros argentados, etcétera, abrigo y gala de las mujeres, abrigos, estolas, manguitos y orlas de vaporosos vestidos. Nada tan elegante como la combinación de gasas con pieles.

En el mundo no habría armiños bastantes si todas las pieles vendidas con este nombre fueran tales armiños. Y hay que advertir que el verdadero armiño tiene peor vista que las imitaciones.

Martas y nutrias también hubieran desaparecido si gatos y conejos no acudieran al reparo. De zorros y zorras es mayor la abundancia; pero como á Dios gracias, es

mayor el número de señoras, también hubieran llegado á ser rareza sin el socorro de otros animalitos. Por cierto que esta piel no se recomienda para guarnecer descotes, si quieren evitarse confusiones desagradables.

Asusta pensar cuántas vidas sacrificadas supone el tocado de una mujer elegante. ¡Pielles, plumas, tejidos! No contemos la vida del que paga, que bien puede ser un hombre inteligente.

Ni la vida de los obreros y obreras, alimentados por el mismo procedimiento que los gatos y los ratones en la gran sociedad explotadora de pieles.

¡Cuántas cosas es un traje! ¡Interesante asignatura para ser explicada en la Escuela del Hogar!

¡Si las damas elegantes presenciaran por una vez el sacrificio de los animales, el trabajo de los obreros y la vida de miseria que es su recompensa, todo lo que supone y significa una sola de sus *toilettes*, seguramente renunciarían á tan costoso adorno y una túnica de lino volvería á ser su honesta vestidura!

¡El lujo! Las mujeres ponen en él todas sus ambiciones. Creen que es una fuerza. Y es como los armamentos en los grandes Estados: una fuerza aparente que es una miseria efectiva.

Las mujeres, como las naciones, debieran tener presente lo que dijo el filósofo de la insolente Roma: ¡Sobre nuestro lujo pesa el odio de los vencidos! Todo opresor viene á ser esclavo. No está más sujeto el que á más sirve sino el que de más necesita ser servido.

¡El lujo! La mujer cree que es una fuerza, se ufana con verse bien adornada, como el caballo bien enjaezado; no ve que los costosos adornos dicen su debilidad más que su fuerza, como los arreos lujosos, más que la libertad del corcel dicen la riqueza del dueño.

En los tiempos de la esclavitud en Cuba, era gala de las señoras vestir y adornar á sus negras esclavas, en los días de *cumbé*, con ricos trajes y las alhajas mejores de sus dueñas. Acaso la vanidad femenil lograba que las pobres negras olvidaran por unas horas toda una vida de esclavitud.

Acaso también nuestras mujeres prefieren el lujo á la libertad. Pero cuando hablen de redención, piensen que no es el amor, ni el matrimonio, ni las leyes, ni la sociedad, lo que las hace ser esclavas: es el lujo. Aprendan á ganar lo necesario y no tendrán que venderse por lo supérfluo.

Ni el amor, ni el matrimonio, ni las leyes, ni la misma necesidad esclavizan á la mujer como el lujo. Hay mujeres que no se venderían por hambre, y se venden por... una de esas pieles de gato que parecen de armiño.

Para el hambre que se padece por el mundo son menos los delitos cometidos por hambre que por un lujo cualquiera. Se roban más brillantes que panecillos. Se dirá que valen más los brillantes. No lo sé. Pero si dais á una mujer un pedazo de pan quedará agradecida. Si la dais un brillante es posible que la parezca poco y se diga para sus adentros ó en confianza con las amigas, ó en el seno amoroso de sus padres: «¡Y que tenga una que poner buena cara á un tío sin vergüenza por esta porquería!»

XIII

Bien está que pidamos el Premio Nobel para Pérez Galdós, ya que los estatutos de la concesión así lo exigen. Lo que no estará bien es que á esa petición se limite nuestro homenaje. Es preciso que nos anticipemos en algo. De otro modo, parecería como si necesitáramos el visto bueno de los extraños para asegurarnos en nuestra admiración. Es achaque antiguo en españoles andar siempre recelosos y desconfiados de nuestro propio juicio y no estimar abiertamente lo nuestro hasta que alguien de fuera nos llama la atención sobre ello y viene á concedernos con su aplauso una especie de autorización para admirar con mayor confianza en adelante.

Nótese lo pronto que damos crédito á cualquier reputación extranjera y lo tardos en admitir por buenas las de casa. Sin advertir, muchas veces, lo que hay de co-

mercial y de exportación en esas reputaciones, de las que son los primeros en reirse los exportadores.

Hemos visto comedias traducidas, por lo menos tan insubstanciales como las que por aquí estrenamos. Pero si en una de casa nos enteramos de la insubstancialidad á las primeras escenas, en las de fuera no nos damos por enterados hasta el segundo acto, por muy pronto. Y aun hay quien se resiste á declararse aburrido y proclama que «no es obra para nuestro público».

Con los actores de fuera, no se diga. Somos respetuosos y considerados con exceso. Cupletistas y cómicos de cualquier teatrillo extranjero, excelentes en su adecuado marco, se presentan aquí en teatros de importancia, donde á diario los tenemos mejores. Y el público distinguido hasta se viste mejor y se acicala con esmero para asistir á las representaciones de los de fuera.

¡Qué se hubiera dicho de un actor nuestro que hubiera hecho un *Hamlet* como el que nos hizo el señor Caravaglia!

Aun en los actores extranjeros de verda-

dero mérito, como Sarah, la Duse, la Réjane, Zacconi, téngase en cuenta las extravagancias, desplantes y atrevimientos que les admitimos y no les permitiríamos á los de casa.

A los nuestros los queremos sencillitos, modestos, apocados. A la Réjane la hemos visto en *Zazá* sacudir con la falda que llevaba puesta, el polvo de los muebles. Lo sucio y falso del detalle salta á la vista. En el segundo acto de *Madame Sans Géne*, en la escena en que se probaba el vestido de corte, hacía verdaderas patochadas. Madame Sans Géne, llevaba algún tiempo de ser duquesa y de presentarse en la corte, para exagerar á tal extremo la extrañeza del atavío cortesano. Pero el público se reía mucho.

Nuestra María Tubau interpretaba esta escena con mejor gusto y toda la obra con más fino arte que la Réjane.

Exageradamente respetuosos con todo lo extranjero, parece que aumenta nuestra admiración por lo propio cuando del extranjero nos dicen: «No está mal, no está mal: pueden ustedes admirarlo». Y no de-

bieran ser los extranjeros los que nos impusieran esa admiración por lo nuestro; al contrario, nosotros á los extranjeros.

Bien estará el Premio Nobel á Galdós si es un reflejo de nuestra admiración. Mal estaría si el homenaje que le debe nuestra admiración viniera á ser sólo un reflejo del Premio Nobel.

Mariano de Cavia alude muy donosamente al Caballero de la Tenaza. No quede reducido todo el homenaje nacional á Galdós, al desfile de comisiones y gremios abanderados, al discurso, arrimo de particulares sardinas á todas las ascuas, que deben ser calor y brillo de España, no fogón económico de cuatro aprovechados.

No olvidemos las cartas de petitorio, ni las ofertorias, peligroso disfraz de las peticiones, que han de caer sobre el maestro glorioso. Las cifras apuntadas en todas ellas darían sumadas, seguramente, un total superior con exceso á la cantidad del Premio Nobel y aun á la fortuna de un multimillonario americano.

Es uno, ¡pobre de uno!, y apenas estrena cualquier comedia, de esas que, al cabo

del año, vienen á dejar unos doce mil reales mal contados, podría empapelar un razonable aposento con las epístolas pedigüeñas de los más variados tonos.

Ya verá, ya verá don Benito, lo que aumenta el número de sus correligionarios después del Premio Nobel.

¿Serán tantos si el homenaje nacional no se reduce á que, mientras los suecos hacen de españoles, los españoles nos hagamos los suecos?

El honor es cosa muy española, el dinero cosa muy extranjera. Pero, en este caso, nuestro honor debiera estar en que el dinero fuera nuestro y el honor del extranjero.

Y digo yo: los que no podemos hacer cosa mejor que vocear en estas andanzas, ya hemos voceado bastante. Ahora, deben hablar los que hasta ahora han callado. ¿Será verdad que el silencio es oro? Muy retraidillo anda el dinero en esta temporada. Dígalo la suscripción llamada nacional: ¡como no apriete en la corrida patriótica proyectada! El dinero está manso perdido: solo el capote y la muleta del *Bomba* son capaces de sacarlo á los medios.